

Quinta del cincuenta y siete (XV)

José Araújo Balongo

El destacamento de la Compañía de Mar de Melilla en la playa de Alhucemas estaba situado en territorio marroquí, en plena bahía del mismo nombre y frente a la Isla de Alhucemas, islote de soberanía española distante a unos seiscientos metros de la costa. Se trata de un islote que abarca una superficie inferior a la hectárea y media, rocoso, protegido —es un decir— por añejas baterías y obsoleto en su valor estratégico de antaño como enclave y fortaleza militar. Cuando lo castiga las tormentas, una enorme piedra oscilante entra en movimiento y retumba dentro de la llamada cueva del Cascabel. Lo ocupaba entonces un destacamento de La Legión, compuesto por treinta hombres, un soldado de Radio Permanente y un marinero de nuestra Compañía.

La ciudad de Al-Hoceima, antigua Villa Sanjurjo de cuando el llamado Protectorado Español, se alzaba sobre la playa a unos doscientos metros de empinada cuesta. Era todavía una ciudad militarizada con Cuarteles, Residencias, Casino, Hospital, comercios, cines y todo lo que lleva consigo una importante plaza militar. Todo lo transportable se quedó allí, abandonado, cuando a finales de 1958 se retiraron las tropas españolas cumpliendo con el acuerdo de 1956, fecha en la que Marruecos recuperó su soberanía y agotado el plazo fijado para la definitiva retirada.

Desde mi primera visita a la ciudad se palpaba en ella la tristeza del ambiente entre el personal civil. Todo estaba en venta pero nadie compraba. Los negocios, sin los militares españoles, dejaban de ser tales; las viviendas tendrían que abandonarlas y buscar nuevos horizontes donde rehacer sus vidas. El Estado Español había prometido ayudas y compensaciones, pero el tiempo pasaba corriendo sin que nada les llegara. Al-Hoceima agonizaba sin remedio posible de inmediato, arruinada por una situación que se veía venir y sin que ningún gobierno, ni el marroquí ni el español, tomara medidas sobre el problema humano que afectaba de modo similar a la población de ambas nacionalidades. Metido en este berenjenal, lejano en el tiempo pero vivo en la memoria, retomo el hilo del relato.

La misión principal de nuestro destacamento

era prestar servicio diario a la Isla de Alhucemas, adonde nos trasladábamos, no desde la playa sino desde el puerto pesquero cercano, donde estaba fondeado un falucho de la Compañía, de nombre "Cachavera", vieja embarcación que aún conservaba los aparejos para la navegación a vela, aunque ya entonces le habían acoplado un motor de gas-oil. Del muelle arrancábamos sobre las diez de la mañana portando la correspondencia y el abastecimiento necesario de todo lo imprescindible para la subsistencia de los allí destinados. De regreso siempre traíamos algo de la Isla a tierra, desde cartas para llevar a Correos hasta a algún compañero que necesitara asistencia hospitalaria.

La tripulación de la "Cachavera" la formábamos un sargento al mando; dos cabos, uno al timón y otro para la maniobra de atraque al embarcadero de la Isla, y seis marineros. No siempre íbamos los mismos; nos turnábamos todos según las circunstancias y con la acertada intención de que todos conociéramos cada uno de los servicios a realizar, que no eran pocos ni sobraba gente. El destacamento estaba compuesto de la siguiente manera: Un teniente al mando, y siguiendo según grado de mayor a menor, dos sargentos, cuatro cabos y catorce marineros. El teniente, hombre sexagenario o casi, buena persona, era el mismo que tuvimos como Jefe de Instrucción en Melilla: el teniente Bustos. Los sargentos, a los que no conocía, cuando uno estaba de semana el otro estaba de guardia, y viceversa; los cabos bien podíamos denominarlos como de "oficios varios" y los marineros de "chicos para todo".

Además del falucho estaba a nuestro cargo la que se conocía como "canoa del General", una lujosa falúa a motor, con empavesadas de terciopelo azul y flecos dorados que cubrían y adornaban los asientos de la popa y de la que el teniente me nombró tripulante y cuidador, de modo y manera que cada día tenía como obligación ineludible revisarla de proa a popa y de babor a estribor, manteniéndola como los chorros del oro y en disposición de servicio en el momento que fuera requerido. El general, Comandante Militar de la Plaza, de cuyo nombre no me acuer-

do, la usaba poco; si acaso una vez a la semana se daba un paseo por la bahía o, en ocasiones, salía de pesca con familiares y amigos.

También, en un chinchorro, prestábamos servicio de bañeros, al ser verano, a los bañistas de la playa, casi todos militares de alta graduación acompañados de sus esposas e hijos. En este servicio nos turnábamos cada dos o tres horas desde media mañana hasta la puesta de sol. Lo que bien podría haber sido una misión tranquila rara era el día en el que no tuviéramos complicaciones. El chinchorro lo tripulaba un solo marinero y teníamos orden de no dejar que nadie se adentrara en la mar más de cien metros; no podíamos embarcar a ninguna persona, fuera quien fuera, salvo notificación expresa del sargento de semana; a nosotros nos prohibían bañarnos, ni siquiera un chapuzón de refresco; no debíamos dejar acercarse a ningún marroquí a la zona donde se bañaban los militares y sus allegados... En fin; todo muy especificado, ordenado e instruido, pero difícil de llevar a la práctica. Valgan algunos ejemplos de los que fui, por decirlo de alguna manera, protagonista.

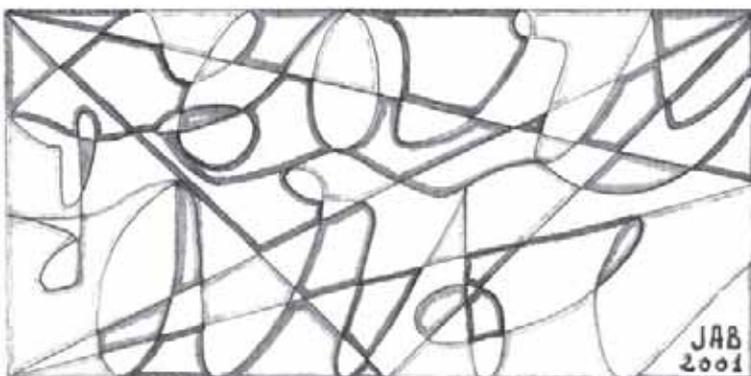
- Señor; oiga señor, por favor, no puede nadar más adentro; ha sobrepasado los cien metros que indican la boya.
- Yo nado hasta donde me salen de las pelotas.
- Y yo cumplo órdenes, señor; el sargento me arretará si le dejo.
- Vete a la mierda, marinero; tú y tu sargento.

¿Qué hacía yo? ¿Le daba un palazo en la cabeza, lo metía a bordo y lo llevaba a tierra? El que me contestó con tan mala educación seguro que sería un jefe militar que trataba de humillarme abusando de su jefatura. Cuando me relevaron se lo comuniqué al sargento, que se hizo el "longui" y miró para otro lado.

Otro caso:

- Marinero, por favor, ¿por qué no me das un paseito en el bote?
- Porque no puedo, preciosa; estoy de servicio y lo tengo prohibido.
- Mi padre es comandante de La Legión y está ahí en la orilla –aunque sonreía al decírmelo con cierta zalamería, se adivinaba la velada amenaza–. Anda, moreno; no seas antipático.
- Mira, muchacha; ve a tierra, díselo a tu padre y que él se lo diga al sargento, que está en el cuartelillo y lo tiene a dos pasos. Si tu padre se lo pide, el sargento me llamará y lo más probable es que no ponga pegas.

La vi alejarse nadando hacia la orilla, hablar en



ella con un hombre en bañador, asomarse éste a la puerta del cuartelillo y salir el sargento, oír lo que le dijera durante unos segundos para, a continuación, dar tres pitadas con su silbato, que significaban llamada a tierra. Remé hasta allí y me ordenó que accediera a lo que la joven me pedía. "Toma castañas, dije para mis adentros; otra orden que deja sin efecto la anterior".

Cuando la muchachita se acomodaba sentada en la popa y yo empuñaba los remos para iniciar el paseito, el padre me dijo:

- Marinero, no te la lleves muy lejos. Y gasta cuidadito con ella. Dentro de media hora me la traes aquí.

Y un último caso para terminar con lo ejemplos:

- ¡Muchacho! –le grité a un moro que braceaba con energía acercándose a la llamada "zona militar de baños" –. Para un momento, por favor –lo hizo y me miró desafiante–. Si no te importa, nada en otra dirección; no te acerques a esta zona.
- ¿Por qué no poder yo bañarme aquí?
- Porque así me lo ordenan mis jefes militares.
- Tus jefes mandan en ti, no mandan en mí. Esta playa, esta agua, son marroquíes, yo, marroquí. ¿Cómo que quieres tú echarme de mi casa, marinero?
- Mira, "paisa"; a mí no me vengas con preguntas que no puedo contestarte. Yo estoy aquí obligado; ojalá pudiera estar en mi pueblo, con mi gnete y en mis playas. Te pido por favor que no me compliques la vida ni te compliques la tuya.

Aquel hombre joven, de más o menos mi edad, se acercó nadando hasta el chinchorro. Como no podía dejarlo que se agarrase a la embarcación, le alargué la pala de un remo para que se agarrara y descansar un poco.

- Gracias –me dijo–. Marinero, tú comprenderme a mí, ¿verdad?

- Claro que te comprendo, hombre, y sé que tienes razón, pero también tú comprendeme a mí.
- Sí, marinero, tú no tener culpa. Me voy a ir ya. Si algún día subes a Al-hoceima y nos vemos, me gustaría tomar unos té con contigo y fumarnos una "kimita".
- Ten por seguro que si nos volvemos a ver en Al-Hoceima te aceptaré la invitación.

Me sonrió, le sonreí, y se alejó de la zona con brazadas largas. Pensé en o bien que podría irnos en la vida si las personas dirimiéramos nuestros asuntos con la palabra. Qué razón tiene esa sentenciosa frase que dice: "Hablando se entiende la gente". El moro y yo, dos personas sin estudios, dialogando y sin saberlo habíamos resuelto un conflicto que, de mediar la violencia, pudo haber llegado a ser incluso diplomático y grave.

Cada mañana, después del desayuno, al marinero que estuviera más a mano nos mandaban al muelle pesquero a pedir algo de pescado a las traíñas, que serviría como segundo plato de nuestro almuerzo. La primera vez que me mandaron a mí me dijeron que preguntara por el "Caballo". Al muelle se podía ir nadando o en bote; yo lo hice siempre en el chinchorro, remando, que además de ser más corta la distancia por mar se evitaba uno el volver cargado con la canasta del pescado. Por el "Caballo" no tuve que

preguntar; él mismo, al verme llegar, me dijo alzando una mano:

- Marinero, abarlóate acá, a estribor de mi barco.
- Era un moro grandote como de unos cuarenta años que derrochaba fortaleza con aquel corpachón y aquella voz impetuosa y mandona.
- ¿Qué quieres mejor –me preguntó–, jureles, sardinas o boquerones?

Le dije que a mí me gustaban más los boquerones y él me dijo que estaban vivitos, cogidos en el último lance de la madrugada. Me llenó la canasta y me preguntó al dármele.

- Tú eres nuevo, ¿verdad, marinero?
- Sí, señor.
- De dónde eres.
- De Tarifa.
- Ah, tarifeño; tierra de buenos marineros; yo ser amigo de patrones de tu pueblo... "Porrita", "Caballa", "Niño Malo", "Curro Papá"... y muchos otros más.

Le dije que yo los conocía a todos y que algunos de sus hijos fueron compañeros míos de juegos y escuela.

Me despidió con agradable amabilidad, a la que correspondí de igual manera.

(continuará)

Boletín de Suscripción

Les pido que a partir de la fecha me suscriban gratuitamente a la revista **ALJARANDA** y la dirijan a la siguiente dirección:

Apellidos: _____ Nombre: _____
 Domicilio: _____
 Población: _____ Código Postal: _____
 Provincia: _____
 Fecha: _____

Manden este Boletín de Suscripción (o fotocopia del mismo) a la siguiente dirección:
 Revista **ALJARANDA**, Servicio de Suscripciones. c/ Amor de Dios, nº 3. 11380 Tarifa
 o bien solicite la suscripción al correo electrónico:
cultura@aytotarifa.com